

Clara Voghan

# Volver a Empezar

*Pequeños Pecados, II*

*edición digital*



© Clara Voghan, 2007

Todos los derechos reservados.

Exp. 551460

Edición digital de CCM

de distribución gratuita,

se prohíbe su venta.

Información y comentarios:

[claravoghan@mailbolt.com](mailto:claravoghan@mailbolt.com)

Pedidos

y representación editorial:

CCM

[claravoghan@lycos.com](mailto:claravoghan@lycos.com)

## CAPÍTULO X

La figura de José Luis cubrió a Carolina y a Malenita con su sombra. Tenso y molesto, como siempre, arrastraba con dificultad una gran valija, embolsada en plástico.

—¡Me han estafado! ¿Puedes creer lo que me han cobrado por hacer esta porquería? Hubiera sido preferible dejarlas sin cubrir, si, total, me iban a robar igual. ¡Maldito país de ladrones! Si las cosas resultan, espero no volver aquí nunca más.

Carolina lo miró con horror.

—No temas— aclaró él—. No me voy a fugar, dejándote a la niña como regalo. En dos semanas a lo sumo estoy de regreso.

—Toma tu pasaje. En aquella ventanilla debes iniciar el trámite... Nosotras nos vamos.

—¿No me van a despedir en la salida?

—Sabes lo que pienso. Traer a la niña al aeropuerto ya ha sido un trauma innecesario. No lo hagamos peor.

Demasiado ansioso como para discutir, José Luis le plantó un beso difícil de esquivar. En cambio, por toda despedida, apenas acarició la cabeza de Malenita, (¿para eso la había hecho levantar a la madrugada, arrastrándola hasta allí?)

Aquel hombre extraño le impartió su última orden: —Tienes que anotarla en el jardín, y llevarla al médico por lo de la verruga del pie. No quiero tener problemas esperándome a mi regreso.

—Así lo haré. ¿Podemos irnos ahora?

Otro beso bastó para que Carolina decidiera huir de allí cuanto antes. Tomó a la niña en brazos y, sin mirar atrás, se sintió libre, por primera vez en toda la vida, de emprender su propio camino, sin deber nada, ni tener que dar explicaciones a nadie.

Una sensación atemorizante.

Pero increíblemente placentera.

\* \* \*

Victoria avanzó por el pasillo bien iluminado de la clínica. Ya no se molestaba en correr, (¡lo había hecho tantas veces antes!). Sólo caminaba, apesadumbrada.

A lo lejos divisó la figura hermosa y varonil de Fernando Aguirre. Y a pesar de que ya llevaban años de

amistad, siempre se sentía reconfortada al encontrarse con el buen doctor.

—¿Cómo está?

—Perfectamente. No tienes de qué asustarte, Victoria. Ha sido lo usual. Discutieron con Mercedes por un hombre, y cuando fue a despertarla esta mañana, la encontró profundamente dormida junto a un frasco vacío de píldoras. Tu madrastra, como suele hacer, se limitó a llamarme. ¿Por qué no le aclaras que soy cardiólogo, y no psiquiatra?

—¿Y Esmeralda como está?

—Como me dijo su analista, fue sólo un “acting out”. Una “artistada”, como diría mi abuela, sin necesidad de tanto título.

—Es la sexta vez, en apenas tres años que la conozco. ¡No sé más que hacer con ella! Vivir con Mercedes la enloquece, pero ya está visto que tampoco puede hacerlo sola. ¡Tiene apenas dieciocho!

—¿Y si la llevas a vivir contigo?

—Ya lo intenté. Y a la primera pelea que tuvimos esperó a que yo me fuera para escurrirse desnuda a la ducha, mientras mi marido estaba usándola. Sabe que soy muy celosa, y que esa es la forma de dañarme. Por fortuna Cohen tiene una habilidad increíble para manejarla.

Fernando Aguirre sonrió no sólo con sus labios, sino con su encantadora mirada oscura.

—¿Qué?

—Todavía le dices Cohen a tu marido.

—Todavía llevo más años de haberlo llamado por el apellido, que por el nombre.... ¿Qué te parece que puedo hacer con Esmeralda?

—Tu otra hermana también era un caso perdido.

—Hasta que maduró. Bastó conocer al dulcesito de su esposo para que sentara cabeza. ¡Si vieras ahora que buena madre es con su niño!

—Entonces, quizás, lo mejor sea esperar también con Esmeralda.

—Voy a entrar a verla.

—No es lo que la terapeuta ha recomendado. No quiere que le “festejemos” sus “gracias”.

—¿Y para qué estás haciendo guardia aquí?

—Estoy esperando a que salga la psicóloga.

—Entonces esperaremos juntos.

Sin poder evitarlo, los dos amigos se miraron de reojo.

—Estás muy bien, Victoria.

—Gracias a tu consejo que, por cierto, estoy siguiendo al pie de la letra. Mucho sueño y mucho amor, esa es mi fórmula. Y tengo que reconocer que el haber instalado la

guardería en la empresa ha simplificado muchísimo mi vida. Ahora trabajo sin culpas. ¡Carolina tenía razón!

—¿Carolina? ¿Carolina, la de Nicolás? ¿La que conocí en la clínica?

—Sí, Carolina. Pero ya no es la de Nicolás.

—¿Cortaron? ¡Qué raro! Él parecía muy enamorado.

—Y ella también. Pero, has visto como es eso del amor. En las novelas siempre hay un malo que se interpone, pero en la vida real es uno mismo el que pone las trabas. ¡Y esos dos no tienen remedio!... Pero, háblame de ti... ¿Acaso el corazón del doctor Aguirre sigue sin dueña?

—Cuando me rechazaste, Victoria, me sorprendí, porque no estaba acostumbrado. Pero ahora parece que se convirtió en hábito.

—¿A qué te refieres?

—¿Recuerdas la médica de guardia que quería denunciar a Nicolás por golpeador?

—Vagamente... Recuerdo que era hermosa.

—Tiene tu mismo tipo. Pero, al parecer, las rubias de ojos claros no son mi fuerte. Creo que mejor me dedico a las morenas...

—¿Por qué?

—Desde que trabajamos juntos me ha rechazado de todas las formas posibles.

—Pero debe haber otras... Un médico soltero y tan buen mozo como tú debe ser un verdadero imán para las mujeres.

—¡Y qué lo digas!

—¡Lo digo de verdad!

—¡Y yo también! Estoy harto de que me persigan. Pero no me interesa una que se quiera casar con un “buen partido”, sino alguien que se quiera casar conmigo.

—¿Me equivoco, o ya tuvimos esta charla? Los años pasan y tú estás igual. ¡Pobrecito! —se burló Victoria—. ¡Perseguido por cientos de mujeres hermosas! ¡Qué triste destino!

—Y rechazado por las únicas dos que valen la pena, ¿no es triste de verdad?

Victoria sonrió. Era increíble que habiendo tantas mujeres desesperadas, los hombres todavía permanecieran solos.

¿O era justamente por eso?

\* \* \*

“¿Se puede ser más feliz?”

“No”, se repetía Carolina al despertar apretada a Malenita.

“No”, se respondía de camino a la guardería, que comandaba con tanto placer como desvelo.

“No”

Pero mentía.

Y aquella simple mentira le daba fuerzas para vivir lejos de Nicolás. Para que al despertar valiera la pena seguir respirando. Y gracias a ella, las horas transcurrían sin el dolor del recuerdo.

Para acallar las urgencias de su piel, cada día se entregaba al trabajo con toda la pasión que había descubierto en brazos de Nicolás; y para suavizar el corazón, se dedicaba a la pequeña Malena en forma absoluta y excluyente. Era capaz de hacer cualquier cosa por evitarle un sufrimiento. Aunque, quizás, precisamente eso que estaba a punto de llevar a cabo, sobrepasaba un poco el límite. Pero, ¡qué remedio!

Con decisión puso el dedo en el botón del timbre.

—¡Ya voy! —se escuchó del otro lado—. ¿Quién es?

—Tú no me conoces, pero yo estoy cuidando a Malenita, y...

No necesitó decir más. La puerta se abrió de inmediato. Del otro lado, una joven varios años menor que ella, feucha y de aspecto sencillo, la miraba con tanta ansiedad como tristeza. Una tristeza profunda.

—¿Le ocurre algo a mi niña? —preguntó a punto de desfallecer.

Carolina dudó. Aquella jovencita no se parecía en nada a la imagen de ninfómana, adicta y alcoholizada, capaz de renunciar a la tenencia de su propia hija, que le había vendido José Luis. Si algo intoxicaba a aquella muchacha seria y reconcentrada, era el dolor. Mucho dolor.

—¿Tú eres la madre de Malena?

—¡Por Dios! ¡Dime que no le ha ocurrido nada! —exclamó la otra con desesperación.

—No, quédate tranquila. Le ha salido una pequeña verruga en la planta del pie, y para extirpársela quieren someterla a criocirugía. Se la remueven con frío.

—Sé lo que significa.

—Entonces sabes también que es una tontería. Pero para realizar la intervención necesitan la autorización del padre o la madre. Y como José Luis se ha ido por unos días a Brasil, y en la clínica me han dado tu dirección, pensé en molestarte.

La muchacha tardó unos segundos en reaccionar. Se la veía deshecha.

—Pasa, por favor.

La pequeñísima estancia era acogedora, aunque carente de todo lujo. Por un buen rato la joven le tomó examen acerca de la forma en que estaba cuidando a su niña. Las

vacunas, sus alergias. Todo. Llevaba cuenta detallada de todas las necesidades de Malenita, mes por mes. “*En septiembre le tocó su tercera dosis, ¿se la has dado?*”, y cosas por el estilo. Todo lo contrario a la madre desaprensiva que se suponía que era.

¿Qué estaba ocurriendo allí?

—Más te miro, y más me parece conocerte. ¿A qué te dedicas? —preguntó Carolina, a quien la joven le resultaba encantadora.

—Soy maestra en dos guarderías.

—¿Maestra? Entonces quizás chocamos en algún trabajo.

—Lo dudo. Hace poco que ejerzo. Más bien creo que nos hemos visto en la universidad. Tú eres Carolina Castro, la muchacha que sacó el premio con su tesis.

—No pensé que era tan famosa.

—No se trata de eso. Es que durante meses intenté contactarte.

—No entiendo...

—El proyecto de alfabetización. Yo lo inicié en Jujuy. La adaptación de tu programa base a las necesidades de cada pueblo, es mía.

—¿Entonces eres una colega?

—No. Me faltan cinco materias para recibirme.

—Bueno, dentro de poco...

—No. Hace más de cuatro años que me faltan... Ya deben haber cambiado hasta el plan de estudio.

—¡Ah!...

—Sé que fuiste medalla de oro. Mi promedio era de nueve setenta y cinco sobre diez.

—¡Qué maravilla! El mío no llegaba al nueve cincuenta... ¿Por qué dejaste?

La joven la miro sorprendida.

—¿Qué te contó José Luis sobre mí?

—No mucho —mintió Carolina.

—Provengo de la provincia de Salta. Dicen que las salteñas son las mujeres más lindas de la Argentina pero, como ves, ese no es mi caso. Llegué a la Capital para entrar a la Universidad. Alejada de mi familia, y de mis pocos amigos, mi vida transcurría entre libros. Y entonces apareció él... Lo conocí en una “toma” de la facultad. José Luis, a pesar de ser profesor, lideraba la corriente más combativa de la izquierda en el centro de estudiantes. Parecía un militante comprometido en la lucha contra la injusticia. Yo tenía por entonces veinte años, y a esa misma edad él ya había luchado contra la dictadura militar. Me fascinaba. No como hombre, lo imaginarás, sino como ser humano. Pasábamos horas hablando de filosofía o de política... Aquel verano no volví a mi pueblo, lo cual

produjo resentimiento en mi familia. Para cuando, en otoño, les comuniqué que estaba embarazada, me dieron la espalda por completo... Mis padres no son malas personas, pero son de la provincia, muy cristianos, y demasiado ortodoxos. No pudieron lidiar con la vergüenza de tener un hija “madre soltera”. No puedo culparlos. Vivir en un pueblo no es nada fácil.

—Pero estás casada con José Luis... Él siempre se refiere a ti como su esposa.

(Y como a “*esa hija de puta que abandonó a la hija*”, pensó Carolina. Pero prefirió callarlo)

—Cuando mis padres conocieron la noticia, dejaron de enviarme dinero. Yo nunca antes había trabajado. Sólo estaba habilitada para la docencia, y con un embarazo en ciernes era difícil que alguien me contratara. José Luis, que estaba fascinado con la idea de ser padre, nunca había contado con el hecho de tener que mantenerme. Y fue entonces cuando cambió... ¿Hace el amor contigo?

Carolina se inquietó con la pregunta.

—Yo... Recién he salido de una historia muy importante para mí, y le pedí tiempo para... Creo que todavía no estoy lista.

—Pues él jamás va a estarlo. No puede. Tiene una afección cardíaca, y las pastillas que toma no le permiten tener sexo.

—No sabía... Es decir, sabía que tomaba pastillas, pero...

—Yo tampoco sabía. Al principio de nuestra relación era todo normal, porque las había dejado por un tiempo. Pero ni bien quedé embarazada comenzó a tomarlas de nuevo. De verdad las necesita. Claro que, como yo no sabía nada, me extrañaba su desinterés en tocarme. Y, al principio, cuando le pedía una explicación, decía que era para no dañar al bebé. Pero a medida que mi vientre comenzó a crecer, también lo hizo su reproche: decía que estaba muy gorda, y que no lo seducía como mujer. ¡Yo no entendía nada! Después, cuando nació Malenita y recuperé mis formas, me despreciaba por no trabajar. Según él, tenía demasiado tiempo libre para pensar en “esas cosas”. No sabes lo culpable que me sentía por ser fea, y significar una carga económica para él. Entonces intenté buscar un empleo, pero fue imposible. Y no porque, con mi promedio, no consiguiera, sino porque él no toleraba que descuidara las tareas que me encomendaba. Era yo la que corregía los exámenes que él tomaba en la facultad, y era yo también la que planificaba sus clases. Y tampoco con la niña me ayudaba. Si a eso le sumas su continuo desdén, puedes imaginar lo que era mi vida. La culpa por no saber atraerlo me consumía. Y no fue hasta unos pocos meses antes de separarnos que me confesó la verdad.

—¿Por qué renunciaste a la tenencia de Malenita?

—Yo nunca renuncié. Un juez me la quitó, que no es lo mismo.

—¿Por qué?

—La culpa es mía. ¡Toda mía!... ¡Si pudiera volver el tiempo atrás!...

—No entiendo...

—En Jujuy, mientras aplicaba tu método, conocí a alguien...

El solo recuerdo parecía cubrir a la muchacha de melancolía. Y tardó unos minutos en recomponerse.

—No sé que ocurrió. Creo que me enamoré de su bondad... Aunque José Luis se lo atribuyó a mi obsesión con el sexo. ¡Obsesión! Puedo contar las veces que he hecho el amor en toda mi vida con los dedos de mis manos. Y sólo con Servando sentí placer.

La joven, que se había dejado llevar por su relato, miró a su visita, avergonzada.

—Ahora debes pensar de mi lo peor —agregó.

—¿Quién soy yo para juzgarte? —comentó Carolina, no como una simple frase expresada por simpatía, sino como una reflexión compleja.

—Una sola vez estuve con él, sin saber que José Luis me había seguido. Cuando regresé a la cabaña en la que estábamos parando, Malenita y él habían desaparecido... Yo no manejaba el dinero, así que de repente estaba sola en un lugar desconocido. Tardé un mes en juntar lo suficiente para poder regresar. José Luis ya había efectuado una denuncia en mi contra, por abandono del hogar, y se

negaba a permitirme que viera a la niña. Yo estaba tan alterada, que comencé a consumir píldoras para dormir y tranquilizantes. Una mañana llegó una asistente social a la pensión donde me alojaba, y como estaba todavía bajo los efectos de la medicación, creyó que me encontraba alcoholizada. Y sin dinero para abogados, no me fue fácil defenderme.

Carolina recordó lo que solía decir Nicolás: *“en este país puedes lograr justicia. Siempre y cuando puedas pagar el mejor abogado”*.

Aquella muchacha parecía digna de confianza. Y la historia que contaba de José Luis era más que creíble...

Entonces, ¿cómo proceder?

\* \* \*

Nicolás odiaba cuando la buena de Dorita llegaba a su oficina. Y últimamente Victoria la enviaba cada vez con más frecuencia.

La dama era tan encantadora, como chismosa y confianzuda. Y como lo había conocido desde pequeño, recién llegado a la ciudad, se creía con todo el derecho de tratarlo con condescendencia, como si todavía fuera aquel muchachito asustado.

Sí, eso lo molestaba.

Pero lo que realmente lo sacaba de quicio era que se instalara durante horas en la oficina, contándole acerca de su “ex”. Y no era que Nicolás no sintiera una cierta curiosidad por la vida actual de Agustina, sino que le fastidiaba pensar que, de regreso a las industrias Ferrari, era su antigua secretaria la que recibía los chismes más candentes.

—Escucha Dorita, no tienes necesidad de esperar a que acabe de firmar estos papeles. Ni bien termine se los envió a Victoria con un cadete.

—¡Qué va, muchacho! Si me encanta verte trabajar. ¡Estás tan crecido! Todavía recuerdo el día que te tomaste por error el whisky que había dejado Don Aldo. ¿Recuerdas?... ¡No parabas de toser! ¡Escupiste a todos los gerentes!

Sí, Nicolás lo recordaba. Esa, y todas las demás anécdotas vergonzosas que a aquella dama le encantaba repetir una y otra vez delante de todo el mundo, (no fuera que alguien las olvidara).

—¡Cuántas carpetas! ¿Todos estos juicios llevas? ¡Quién iba a decir que te convertirías en un abogado tan importante! Yo siempre le digo a Agustina...

¡Otra vez!

—¡Bah!, le decía. Porque desde hace unos meses que Victoria la ha mandado a trabajar a las oficinas del centro. ¡Pobre chica! Últimamente se la veía bastante mal. Gritaba

por cualquier cosa. Para mi que eran esas pastillas que tomaba todo el tiempo. Para adelgazar decía que eran. Pero, ¿para qué? ¿Cuál era la necesidad? Si la niña ya parecía uno de esos palillos para escarbar los dientes, ¡tan flaquita! Qué quieres que te diga, para mi que Agustina se echó a perder luego de que rompieran. Por más que te enojés, y me pongas esa cara de disgusto, ustedes estaban hechos el uno para el otro. ¡Tan linda pareja!... Lástima que la dejaras por la otra. Nunca me la presentaste, pero Agustina me contó que no era nada linda, y que incluso tenía las piernas muy gordas. ¿Era tu sirvienta, no? Hiciste mal en meterte con ese tipo de gente. Estas “cabecitas negras” lo único que buscan es...

—¿Podemos dejar de hablar, Dorita? Tengo mucho trabajo.

—Como gustes, querido. No es mi intención distraerte.

Dorita calló, y en su interior Nicolás comenzó la cuenta regresiva: tres, dos, uno...

—Es que no me gusta verte solo. Sabes que te quiero como un hijo. Claro que ya me contaron que estás saliendo con la hija de Mendizábal. No hay secretos para mi. Pero esa tampoco te conviene, porque...

—Ya terminé. ¿Todavía falta que te firme algo, Dorita, o ya puedes irte?

—Creo que está todo... Ah, no. Ha quedado esta carpeta....

La dama leyó con dificultad.

—... “Josefina Ríos, contra José Luis Pelufo, sobre tenencia”... ¿José Luis Pelufo? ¡Cómo me suena ese nombre!

—¡Esta Victoria!... Como si me faltara trabajo, siempre pidiendo favores. Cree que puedo mantener el estudio sin cobrar.

—¿Lo haces gratis?

—Tu jefa quiere ganarse el cielo a costa de convertir mi vida en un infierno. Y esto de la tenencia... Los tribunales de familia son malos y lentos. Y cuando un juez decide quitarle la custodia a uno de los padres, no es nada fácil revertirlo. Y no entiendo por qué tengo que meterme en semejante complicación.

La vieja Dorita no escuchaba la protesta de Nicolás, abstraída como estaba en tratar de hacer memoria. Y es que no podía soportar cuando algún dato se escapaba de su atiborrada mente. Para una mujer como aquella, experta en realidades ajenas, el olvido era una cuestión de honor.

—José Luis Pelufo... José Luis Pelufo... ¡Ah! ¡Ya sé quién es!... ¡Claro que lo conozco!... Es ese tipo insoportable que se quedó una mañana completa en la oficina, tratando de que Victoria lo atendiera... Es el novio de la directora de la guardería. ¡Qué linda chica! Uno no se puede explicar como pudo meterse con semejante bicho...

¡Y con esa sonrisa que tiene!... Entonces, debe ser su expediente... Déjame mirar...

—Los expedientes son secretos, Dorita. ¡No insistas!

¡Vieja chismosa!

—No... Yo decía, nomás... ¿Así que el juez le quitó la tenencia de los niños al tipo ese?...

Era evidente que aquella dama no iba a dejar las cosas así. Sería mejor tirarle un hueso para que dejara de molestarlo, pensó Nicolás.

—Sólo es una niña, y se la han quitado a la madre.

—¿A la madre?!... ¿A la directora de la guardería? ¿Y por qué haría eso un juez?

—¿De qué guardería me hablas?

—¡La de la empresa!

—¿Qué empresa?

—Ay, Nicolás..., ¡¿qué empresa va a ser?! “Calzados Deportivos Ferrari” Es casi imposible que no la hayas visto —insistió la dama, feliz de poder dar una primicia—. Ocupa todo el segundo piso, donde antes estaba “Teñidos”. Como ahora todo eso se terceriza, el lugar estaba vacío.

—¡Qué raro! Victoria no me comentó nada. Y, además, nunca la vi.

—Porque la guardería cierra a las seis, y tú siempre llegas después de las ocho. ¡La gente está encantada! Si hasta yo misma le insistí a la tonta de mi hija para que lleve allí a Timoteo. Timoteo es mi nieto... ¿Puedes creer semejante nombre? Pero como el padre se llama así, decidió hacerle pagar las culpas al chico. Como sea, no quieroirme de la cuestión, mi hija insiste en no llevarlo, porque el niño tiene ya ocho años ¡Ocho años! Me lo dice como si fuera un gran doctor. Con ocho añitos todavía está en edad de jugar. ¡Y todos adoran a la directora del jardín!... A la maestra esa negrita no, ¡pero a la directora! ¡Si vieras como los pone en vereda! Ah, sí... Porque con ella mucho juego, pero también rigor. Si hasta el hijo de Lupita que, pobrecito, salió a la madre, y no sabe obedecer, la sigue como corderito. ¡Es increíble! Sonríe un poco, habla con ese tonito dulce, y... ¡listo!... Sí, esa directora es maravillosa.

Nicolás suspiró. ¡Qué diablos le interesaba a él la directora del jardín! ¿Cuándo iba a parar de hablar esa mujer?

—¡Qué lástima, pobre muchacha! Con lo buena que es con los niños, y le han quitado la tenencia de su propia hija...

—¿Josefina Ríos es la directora de la que hablas?

—Sí... Josefina Ríos... Morochita, de ojos grandes... Hermosa muchacha... Y es que yo dije cuando vi al tipo: “esta muchacha merece algo mejor”. Pero es como dice el

refrán: la suerte de la fea... ¡Pobre! Y ahora, ¡cómo va a sufrir la niñita cuando el juez las separe! Y es que, durante los descansos, siempre la tiene pegada a sus faldas.

—¿Cómo? ¿La niña va a la guardería con ella?

—¡Claro!

—Pero según el expediente sólo puede verla con una asistente social delante... ¿Cómo es posible entonces?

—Ah, no sé... Pero es ella la que la trajo, y es la hija, porque le dice “mamá”.

—¿Estás segura que esa mujer es Josefina Ríos? Porque si es así, y contradijo la orden del juez, nos vamos a ver en un lindo problema.

—¡Claro que estoy segura! ¿Cuándo me equivoco yo? ¡Josefina Ríos! No se puede confundir a alguien con esa sonrisa.

—Bueno, Dorita.... Esto ha sido lo último. Llévale todo a Victoria cuanto antes. Es muy urgente, y no debes perder más tiempo aquí charlando.

—Pero...

—¡Muy urgente!

—Bueno, tú sabes que no quiero molestarte... Es sólo que no puedo sacar de mi cabeza a esa pobre niña.

—¿A quién? —preguntó el otro sin mirarla, de nuevo enfrascado en sus papeles.

—A la directora del jardín. A Carolina.

Nicolás levantó la cabeza, electrizado.

—¿Carolina? ¿Has dicho Carolina?

—Sí. La directora del jardín. La novia del pedante. La madre de la niña... Josefina Ríos.

—Me pareció escuchar que la llamabas Carolina.

—No. Josefina.

—Bueno, se hace tarde. Mejor te vas.

Ensimismada en sus pensamientos, la dama se dirigió a la puerta. Como decía su hija, estaba perdiendo la memoria. Porque ahora que Nicolás lo había dicho...

Por fin Nicolás quedó solo. No muy feliz, pero al menos tranquilo.

Pero su calma apenas duró unos minutos. La puerta de la oficina no tardó en abrirse de un golpe, para dar paso a una Dorita triunfante.

—¡No! ¡Qué idiota! La directora del jardín no se llama Josefina Ríos... ¡Se llama Carolina Castro!... ¡Ya decía yo!

\* \* \*

Carolina se agachó para recoger los últimos juguetes. Claro que no era su tarea, pero le gustaba ser ella misma la que adornara la salita para el día siguiente. Cada mañana los niños se complacían al descubrir al monito asomando por la ventana, o colgado del pizarrón, mientras la muñeca se sentaba en una de las sillitas, o simplemente tomaba el te junto al oso, estrenando vestido y sombrero. La joven había elegido todos y cada uno de los objetos que había allí, y que hacían las delicias de sus alumnos.

Amaba ese lugar, y quizás por eso se resistía cada tarde a volver a casa. Pero en particular aquel día no quería regresar. Prefería darles tiempo a Malena y Josefina para reencontrarse lejos de miradas ajenas, (más allá de la de la asistente social asignada).

En efecto, ahora que la investigación ordenada por Victoria había confirmado la historia de la muchacha, era bueno que madre e hija volvieran a habituarse a estar juntas. Nicolás se iba a hacer cargo de los aspectos legales, y si Nicolás se ocupaba, sin duda iba a lograr reunir las para siempre. Él podía lograr todo lo que se proponía.

Carolina suspiró. Mejor pensaba en trabajo. Mejor se arrancaba el corazón, y pensaba en otra cosa.

Por unos segundos jugueteó con la pelota que tenía en la mano. Pero luego la dejó caer.

¡Si fuera así de fácil soltar los recuerdos!

Se agachó para enlazar la pequeña taza de te en las manos de la muñeca.

Y entonces lo sintió.

La pelota, golpeando su espalda.

Se dio vuelta sin entender, y...

Como salido de su corazón, la figura a contraluz de Nicolás la observaba, desafiante.

—¿Qué tan buena eres para jugar a esto?

Indefenso, el cuerpo de la joven se dejó acariciar por aquella voz que la penetraba con dulzura. Y por un instante pudo experimentar el frenesí de la pasión, recorriéndola.

Tardó un eterno segundo en reponerse.

No podía... No debía... No se suponía que...

—Por favor —fue lo único que pudo articular.

Y entonces Nicolás comenzó a aproximarse. A hacerla estremecer con cada uno de sus pasos, preludeo de aquella cercanía tantas veces añorada.

—Por favor —volvió a implorar.

Pero él no quería..., (¿por qué mentir?), no podía detenerse.

Y ya estaba a punto de estrecharla entre sus brazos, cuando la voz gangosa de Dorita lo obligó a retroceder.

—¿Ya la encontraste?... ¡Y yo que iba a presentarlos! Te dije Nicolás... Se llama Carolina Castro... No, si a mi no se me escapa nada...

—Me voy... —se apuró a decir Carolina, soltándose torpemente del influjo de aquel hombre que no sólo deseaba, sino que también amaba con tanta intensidad.

—Tenemos que hablar, Carolina —intentó detenerla él.

—Es demasiado tarde. Lamento que vinieras hasta aquí, pero mi tiempo se ha acabado.

Confundida, Dorita la observó correr hasta el elevador, sin mirar atrás.

—¿Has visto eso, Nicolás? ¿Era mi imaginación, o estaba llorando? —preguntó conmovida.

Pero aquel muchachito tímido que había visto crecer no le respondió, ocupado como estaba en ocultar sus propias lágrimas.

\* \* \*

—¿Por qué nunca me dijiste que trabajaba aquí?!

Victoria observó a su amigo, que acababa de irrumpir en su oficina hecho una tromba, y se apuró a sentarse en su cómodo sillón. Aquello iba a ser largo.

—Hola, Nicolás.... Yo también te he extrañado.

—¿Por qué no me lo dijiste?! ¿Qué clase de juego sádico es este?

—Fue la condición que puso Carolina para aceptar el trabajo, lo lamento. Y además, por lo que he sabido, Juanita y tú ya han comprado un departamento para...

—¡Al diablo Juanita! ¡Quiero a Carolina, y tú lo sabes mejor que nadie!

—¿Y qué hay de esa revelación que tuviste en lo de tu psicóloga?

—Eso era cuando creía que ella era feliz con otro. Pero ahora que sé que el tipo es un canalla...

—¿Cómo lo sabes?

—Dorita me contó que se trata del fulano del juicio por tenencia.

—¡Dorita! ¡Cuándo no! Radio pasillo.

—Como sea, no quiero a ese monstruo cerca de ella.

—¿No lo quieres? ¿Tú no lo quieres?... ¿Entonces, a quién? ¿A ti?

—¿Por qué no?

—Te recuerdo que Carolina eligió libremente huir de tu lado.

—Sí... Y todavía no termino de entender la razón... ¡Sé que me quiere!

—Ella dice que tú conoces perfectamente el motivo de su partida. Y yo le creo.

Nicolás agachó la cabeza.

—La hermana mencionó algo...

—¿A qué te refieres?

—Al parecer Carolina confundió mi silencio por la pérdida del bebé con indiferencia.

—¡Qué raro! Fallas de comunicación entre ustedes dos, ¿por qué será?

—¡Pero tú sabes que eso es falso!

—Yo no importo en esta historia. Odio la gente que habla de sus problemas con todo el mundo, menos con quien puede solucionarlos.

—La fui a buscar a la guardería para hablar, y se escapó. Luego la seguí varias cuerdas, pero fue inútil. No pude convencerla de que me escuchara.

—¡Te dije! No quiere saber nada contigo. No sé lo que le has dicho, pero fue muy malo.

Nicolás se entristeció. Sí, le había dicho muchas cosas malas a lo largo de su convivencia, pero, peor aún, fueron todas las cosas buenas que había callado.

—¿Cuándo vas a darte por vencido?

Su amigo no dudó.

—Cuando la vea con uno que pueda hacerla feliz. De lo contrario voy a seguir insistiendo.

Victoria se arrellanó un poco más.

Conociendo a Carolina, y su poca habilidad para elegir buenos hombres, (o retenerlos), quizás tal maravilla no ocurriera jamás.

Sí, eso iba para largo.

\* \* \*

—¡Oye!... ¡Tú!... ¿Cuál era tu nombre?... ¡Escucha!... Tú, la novia de Nicolás....

Carolina se detuvo abruptamente. No solían seguirla tipos tan increíbles como aquel, pero tampoco estaba de ánimo para ligar a nadie. Sin embargo, ese bombón había pronunciado las palabras mágicas.

—Perdón, ¿te conozco?

—Soy Fernando Aguirre, amigo de Nicolás, y uno de los doctores que te atendió en la clínica cuando caíste por las escaleras.

—Disculpa, no puedo recordarte. Todo estaba muy borroso entonces.

—Lo entiendo. La verdad es que debe ser una de las peores cosas que pueda ocurrir.

—Al menos para mi.

—Sí... Me imagino, porque vi el efecto que tuvo en Nicolás. Yo estaba allí cuando recibió la noticia. Pocas veces he visto derrumbarse a un hombre de esa forma... Y eso que me dedico a la cardiología.

—¿A qué te refieres?

Fernando la miró sorprendido. ¿No era evidente?

Carolina, en cambio, dudó de aquel encuentro.

—¿Te ha enviado él a hablarme?

—¿Quién?

—Nicolás... ¿Te ha enviado él?

—¿Por qué iba a hacerlo?... No. Después de esa oportunidad en la clínica no hemos vuelto a vernos. Disculpa, no debí traerte tan malos recuerdos. Fue un comentario estúpido, y lamento haberlo hecho. Es que cada vez que veo la marca que dejó en la pared...

—¿Qué marca?

—Por el puñetazo que dio cuando... ¿No te dijo nada? Tuvimos que enyesarlo.

De la oscura niebla que ocultaba esa parte tan dolorosa de su vida, surgió la imagen de Nicolás con una mano vendada.

—Me dijo que se había caído.

—Lo entiendo... Es probable que no haya querido lastimarte aún más con sus propios sentimientos. No debí contártelo. Ha sido una idiotez de mi parte.

Carolina se quedó en silencio, y Fernando aprovechó para echarle una segunda mirada. ¡Sí que estaba buena! ¡Nicolás no era ningún idiota!

—¿Sabes? —se vio en la obligación de explicar la muchacha, al verlo todavía parado allí—, luego de eso, él y yo rompimos.

Corrección: Nicolás era un idiota hecho y derecho. La muchacha era una dulzurita, y tenía un cuerpo sensual. Con curvas donde debía tenerlas. Como una de esas mujeres de antes, cuando la anorexia sólo se reservaba a los dementes.

Ahora lamentaba haber sido tan brusco al iniciar la charla. “*No debiera haber hablado de lo de la clínica*”, se reprochó.

Torpemente intentó remediarlo.

—Lamento escuchar eso —mintió—. Espero que no sea...

—Es definitivo.

¡Qué bien!

Y ahora que lo pensaba, ¿no le había mencionado Victoria que su amigo estaba saliendo con Juanita Mendizábal?

Siendo así...

—Inicio mi guardia recién a las ocho. ¿No quieres acompañarme a tomar algo, así charlamos, y me cuentas como marcha tu recuperación?

Carolina dudó. Aquello sonaba a “levante”, y no estaba de ánimos. Además, si algo había aprendido, era a no fijarse en hombres que fueran tanto mejor que ella. Uno podía entrar y salir de una relación con un tipo como José Luis cuantas veces hiciera falta, pero arrancar de su corazón a alguien como su antiguo novio era tan doloroso, como imposible.

—No puedo, gracias. Me están esperando en casa – mintió. (En realidad Malenita estaba con su madre y una asistente social, tomando el te en un barcito cercano).

—¡Cinco minutos! De lo contrario deberás visitarme en la clínica. Alguien debe controlar tu recuperación, y estoy seguro de que hace mucho que no ves a un médico.

—Cinco minutos –acordó ella, sin saber que esos cinco minutos iban a cambiar el resto de su vida.

\* \* \*

—¿Miraste tu reloj? ¡Son las diez! ¿No comenzaba tu guardia a las ocho?

—Te diría que lo olvidé, pero es el décimo “bip” que me envía el colega al que tengo que reemplazar. Como tenía mi

teléfono en vibrador, mi abdomen no ha parado de sacudirse desde hace más de dos horas. Pero la charla ha sido tan interesante, que bien valió la pena. Hacía tiempo que no me sentía tan cómodo.

—Me pasó lo mismo. Pero no quiero distraerte más — respondió Carolina, poniéndose de pie.

—¡Espera! ¿No me vas a dar tu número de teléfono?

—No estoy lista para iniciar una relación.

—¿Ni siquiera una amistad?

—Perdona, pensé que querías otra cosa —se disculpó avergonzada.

—Quiero otra cosa. Me gustas mucho. Pero entiendo que necesitas tiempo, y me parece muy bien. ¡Vamos! No puedes negarte a darme tu teléfono...

Carolina observó su rostro hermoso, y se dejó capturar por su mirada sincera.

¿Podía negarse?

\* \* \*

A pesar de que ya había roto con Juanita Mendizábal, y habían perdido la seña del departamento que iban a compartir, Nicolás estaba dispuesto a no volver nunca más a la casa de su padre. Al menos no hasta que lo hiciera con

Carolina. Aquel lugar estaba tan lleno de recuerdos, que dolía.

—¿Entendió todo? —preguntó el hombre.

—Sí, gracias.

—¿No quiere que lo repasemos?

—No. Entendí perfectamente.

—¿Entonces cierra usted?

—Hágalo usted, por favor.

El hombre obedeció a Nicolás, y le alargó la llave que encerraba parte de su pasado.

—¿La factura se la envió aquí?

—No. Me he mudado a Recoleta. Su secretaria tiene mi nueva dirección. Mándela allí.

Nicolás no esperó a que el tipo juntara sus cosas, para subirse a su auto nuevo, y partir de allí cuanto antes. Era el tercer automóvil que compraba en los pocos meses en que había estado lejos de Carolina. Y es que poder comandar un motor potente lo hacía sentir orgulloso y libre. Un pequeño bálsamo.

Eran las doce del mediodía de un sábado radiante. Nicolás descorrió la capota de su convertible para que el sol borrara en él las huellas de tantas horas transcurridas en la oscuridad de su oficina, (y de tantas otras, en las tinieblas de su corazón)

Para cuando se dio cuenta, sin querer había llegado hasta la casa familiar de las hermanas Castro. Era la quinta vez que pasaba frente a ella en menos de una semana. Sabía que Carolina estaba viviendo allí. Y es que ahora conocía todo sobre la mujer que amaba: su lugar de residencia, el de su trabajo, sus horarios. Todo. Y también que, hiciera lo que hiciera, ella se negaba a verlo. ¡Ni Victoria había logrado hacerla cambiar de opinión! Y para colmo, Dorita le había contado que desde hacía más de una semana que un tal Fernando le dejaba mensajes. ¡Otro! Y de seguro se trataba de un infeliz como Tommy, o el monstruo de José Luis. Carolina, con esa exquisita sensibilidad, y su extrema modestia, era un verdadero imán para cuanto tipo abusivo circulaba por el mundo.

Sí, todos iban tras ella.

Incluso él mismo.

Fuera como fuera, iba a estar atento al tal Fernando, hasta asegurarse que...

Nicolás detuvo el auto en medio de la calle y, a pesar de las protestas de los otros conductores, se bajó de él como si estuviera en trance, fija la vista en algún punto remoto.

—¡Oye! ¿Qué te ocurre? ¡Saca ese cacharro de cien mil dólares de aquí! ¡Los pobres también tenemos derecho a pasar! —gritó uno, mientras se bajaba para patear el auto.

Pero a Nicolás no le importó, y sólo detuvo su marcha cuando tuvo la confirmación de lo único de Carolina de lo que hubiera preferido no enterarse jamás.

Allí estaba ella, radiante, hermosa como nunca, con Fernando Aguirre.

Fernando.

Y cuando aquel hombre perfecto comenzó a besar a su mujer perfecta, (la suya, y no la de él), Nicolás tuvo que dar vuelta la cabeza para no seguir mirando.

—¡Dios! ¿Qué mierda más puede pasarme ahora? —gritó, desafiando al Cielo.

No debiera haberlo hecho.

Con aquella piel que lo hacía desearla con tanta intensidad, en carne viva, echó una segunda mirada a aquella pareja perfecta, tan imposible como real.

Demasiado doloroso.

Aturdido buscó su auto, para escapar de allí cuanto antes. No recordaba adonde lo había dejado, y quizás por eso se sorprendió al verlo estacionado en una calle lateral, casi adentro del bosque, bastante abollado, y sin freno de mano puesto.

Volvió a blasfemar.

—Mierda, Dios, ¿qué más?

Y entonces sintió el frío despiadado de un revólver sobre su sien.

\* \* \*

Mirelle D'Arc, la aguerrida columnista de uno de los programas de chismes más vistos del país, se sobresaltó.

En medio de la grabación del “especial” que iba a ser transmitido en el horario central del día sábado, recibió una noticia impensable. Una de esas que llenaba al menos cinco emisiones del programa de material candente. A la gente le encantaban los detalles de una tragedia. Aún los más mínimos. O, quizás, principalmente esos, porque era los que revelaban la faceta más humana del artista, el *“pudo haberle pasado a cualquiera, pobre chica”*. Aunque en el caso de Claudia Soto, eso no era tan cierto. La niña había sido siempre una “come hombres”, y la desgracia había viajado durante todos esos años junto a ella.

—¿Estás seguro de que fue el marido? —preguntó al auricular—. ¡Octavio Ruiz, idiota! ¿Qué has hecho en esa boda, aparte de llenarte el buche con champagne del bueno? El marido es el doctor Ruiz... ¿Él la mató?... ¿Cómo que no sabes? ¿”Qué” no sabes? ¿Qué está muerta, o que él la mató?... ¿Golpeada?... ¿Sólo golpeada?... ¡Maldición! Unos golpes a semejante puta no llaman la atención de nadie...

¡Chau cinco programas asegurados!

—¿Y Ruiz dónde está? ¿Fugado?... ¿A quién dices que fue a buscar para matar?...

Mirelle colgó el teléfono. ¡Vaya! Quizás todavía podía lograr su noticia.

\* \* \*

Nicolás Expósito se dio vuelta para enfrentar el rostro de su atacante.

—¿Tú?!

—¿A quién esperabas, hijo de mil putas? —respondió el doctor Octavio Ruiz, con una mirada que, de haber estado Nicolás en mejor día, lo hubiera aterrado—. ¡Vamos! Métete en mi auto antes de que nos vean. Vamos a dar un paseo.

Nicolás, no del todo conciente del peligro que lo acechaba, (total, lo peor ya lo acababa de vivir), trataba a su agresor con tono desafiante.

—Vamos, Ruiz. A veces se pierde. Es sólo dinero...

El hombre empujó el cañón de su arma contra el hermoso rostro del joven abogado, con fuerza suficiente como para lastimarlo. Y recién cuando Nicolás sintió aquel

dolor punzante sobre su piel, pudo darse cuenta de la gravedad de lo que estaba ocurriendo.

—No seas idiota, Octavio. No vale la pena ir a la cárcel por mí...

—No es por ti, pelotudo —le dijo, mientras lo empujaba al interior del auto—. Acabo de matar a golpes a Claudia ¡Voy a pudrirme en la cárcel, pero la muy maldita va a pudrirse en el infierno!

—¿Mataste a Claudia?! ¿Estás loco?! ¿Era sólo dinero! —se ofuscó Nicolás, olvidando lo precario de su situación.

—No repitas eso...

Octavio Ruiz, todavía con el revólver en la mano, comenzó a llorar sobre el volante de su lujoso auto importado—. ¡Me importa una mierda el dinero! ¡Yo la quería, ¿puedes entenderlo?!

Sí, podía.

—La quería... —continuó el otro, transido de dolor—. Y cuando nos casamos, pensé que ella también me quería a mí. ¡Pero fue una trampa! ¡Una puta trampa, urdida por un puto abogado como tú, que no vale la pena que siga viviendo!... ¡Me cago en ti, Expósito!

Y diciendo esto, el otrora honorable doctor Ruiz, descerrajó el último tiro de aquella arma anónima que un cliente le había entregado.

Un tiro que selló para siempre el destino de Nicolás Expósito, y que sirvió para poner un punto final a su historia de amor.

\* \* \*

“¿Se puede ser más feliz?”

“No”, se respondió Carolina, de regreso a casa.

Y esta vez no era mentira.

Después de tanto dolor, al fin tenía una tregua. Se sentía liviana, como si se hubiera liberado de un peso.

Era increíble pensar que alguien como Fernando Aguirre se pudiera fijar en ella.

Nunca antes había conocido a alguien así de perfecto. Y no sólo por su porte varonil y bien plantado. No. Él lo tenía todo. Dulce, divertido, sensible, era encantador escucharlo hablar de sus padres o su hermana. Alguien como él, nacido en el seno de una familia amorosa, era un verdadero ejemplo del tipo de educación que sólo el respeto podía lograr.

Carolina cruzó la calle, en busca de sombra. Le encantaba caminar bajo la protección de los árboles, y adoraba su olor. Claro que desconocía sus nombres, y no podía distinguir las hojas de uno de las del otro, (por algo

había crecido en una ciudad), pero su sola proximidad servía para calmarla.

Como la dulce proximidad de Fernando.

No había visto venir el beso. Pero de haberlo adivinado, tampoco hubiera tenido el valor de impedirlo. Así era ella....

No, no se podía ser más feliz.

Algo que se movía entre las hojas llamó su atención. Por un momento se puso en guardia, (como hubiera hecho cualquier argentino por aquellos días, signados por la inseguridad), pero luego se relajó. Lo que fuera, estaba al ras del suelo. ¿Un gatito, quizás?

Con curiosidad rebuscó entre la mata.

Y entonces lo vio.

Era un cadáver.

—¡Auxilio! —comenzó a gritar, mientras se acercaba con cautela—. ¡Venga alguien!

Llegó hasta aquel bulto sanguinolento, y se arrodilló frente a él.

*Y entonces lo vio.*

No era un cadáver. Era Nicolás. Y estaba muerto.

\* \* \*

Cuando el sol hacía su aparición triunfante un día sábado en la ciudad, todos sus habitantes salían a la calle a festejarlo. Los porteños, criados a fuerza de pelota y vereda, no se terminaban de resignar a los pequeños espacios que ahora les tocaba habitar. Añoraban las calles tranquilas y seguras. Por eso, ni bien el sol pegaba de lleno, y el trabajo no encarcelaba, se dedicaban a inundar plazas, parques y paseos. En un día glorioso como aquel, por todas partes había multitudes bulliciosas. Pelotas, termos, mates, perros y niños, (muchos niños, como buen país latinoamericano). Pero justo allí, adonde estaba Carolina sosteniendo el cuerpo de aquel hombre que amaba, justo allí, en aquel día glorioso, no había nadie.

Estaba sola.

Durante un tiempo eterno, circunscripto en unos pocos minutos, se dedicó a acunar a aquel ser que había tenido adentro suyo tantas veces. Ya no encontraba fuerzas para gritar. Sólo podía repetir su nombre, llorando despacio.

—No llores... Ya estoy bien... —susurró Nicolás, abriendo sus hermosos ojos color caramelo, por entre la sangre que cubría su rostro.

El corazón de la muchacha se sacudió de puro gozo.

—¡Estás vivo! ¡Estás bien!... ¡Gracias, Dios mío! ¡Gracias!... —repetía, sin dejar de abrazarlo, a pesar de la

sangre que lo cubría, y que estaba comenzando a manchar también su delicado vestido de lino blanco.

En medio del dolor que azotaba su cuerpo, Nicolás se dejó inundar por aquel sentimiento que lo iluminaba.

¡Todavía lo quería!

¡Ahora sí valía la pena continuar viviendo!

Miles de preguntas surgieron de labios de la muchacha.

—¿Estás bien? ¿Tienes dolor? ¿Sientes frío? ¿Puedes incorporarte?

Y para todas ellas, él tuvo una única respuesta.

—Te amo.

Y fue esa insistencia la que la convenció de que Nicolás no corría un peligro inminente.

Ella, en cambio, sí.

—Dame tu teléfono celular para que pueda llamar una ambulancia.

—No... No la necesito.

—Has perdido demasiada sangre, y...

—Por favor. No quiero circo. Lo que me ocurrió me lo merezco. “Todo” lo que me ocurrió —concluyó, mientras clavaba en ella esa mirada capaz de enloquecerla.

Pero no quería enloquecer.

No después de esa tarde con Fernando.

—¿Qué te ha ocurrido? —balbuceó ella para distraerse.

—Creo que algo me golpeó la frente.

Con cuidado Carolina apartó ese cabello suave, que había acariciado tantas veces, y se horrorizó.

—¡Tienes un vidrio clavado allí!

—Pude esquivar el tiro, pero una esquirla debió...

Nicolás pegó un grito de dolor que la hizo estremecer.

—¡Auxilio! —comenzó a llamar, ofuscada.

Y esta vez alguien se aproximó. Intentando taconear fuerte en el suelo húmedo, una jovencita de no más de veinte años, vestida de policía, (casi se podía decir que disfrazada, por la cara de horror que acompañaba el uniforme), se les aproximó.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —preguntó simulando fiereza, mientras sus ojos se revoleaban de asco al ver tanta sangre. (¡Y eso que todavía no había notado el vidrio!)

—Está herido. ¿Puede llamar a una ambulancia?

—No ha ocurrido nada, oficial —la contradijo Nicolás desde su incómoda situación, en un murmullo—. Siga su camino.

—¿Qué es esto? —preguntó la niña horrorizada—  
¿Herida punzo cortante, producida por arma blanca? —

concluyó, llevándose en un gesto tímido la mano al cinto, en busca del arma reglamentaria.

—¡No! Me clavé un vidrio.

—¿Puede llamar a una ambulancia, por favor? —insistió Carolina.

La pobre muchachita no sabía qué hacer primero: si auxiliar al caído, ponerse a resguardo del presunto agresor, o simplemente vomitar.

Y por fin fue su propia naturaleza frágil la que decidió... A un costado de los árboles.

—Perdón... —se excusó luego—. Soy nueva, y ese vidrio...

Carolina, que dudaba entre socorrer primero a la niña o a Nicolás, decidió inclinarse por lo que le indicaba su corazón.

Aquel hombre la había lastimado mucho, pero todavía lo amaba con tanta intensidad como para protegerlo más allá de toda lógica. (Lógica que le decía de huir cuanto antes, lejos de su embrujo arrebatador, y de dejarlo, sin más, en manos de aquella novata)

—Por favor, oficial, pida ambulancia. No tiene necesidad de permanecer aquí. Yo voy a quedarme junto a él.

—Pero mi deber como oficial...

—Usted pida ambulancia, y cuando llegue se acerca.

La policía accedió, en contra de todo lo que marcaban sus manuales.

De haber sido Carolina la victimaria, su alejamiento le daba tiempo más que suficiente como para finiquitar su labor.

La joven oficial lo sabía, pero, ¡qué remedio!. La sangre la impresionaba demasiado.

Custodiados a la distancia, otra vez se produjo entre los dos ese vértigo de la intimidad al cual Carolina tanto le temía. Por unos minutos, perdida en los ojos claros de él, se dejó acariciar mansamente. Pero luego se sobrepuso, e intentó llenar aquel vacío de razón con palabras.

—¿Qué te ha ocurrido? ¿Cómo llegó este vidrio a tu frente?

—Ese vidrio me ha salvado la vida. Un idiota me disparó, pero pude esquivar el tiro. Como el tipo vio toda la sangre, pensó que me había dado. Me hice el muerto y esperé. Durante un rato estuvo dando vueltas en el auto, pero luego me arrojó aquí... No sé, debo haber golpeado con algo al caer, porque lo siguiente que recuerdo es haberte escuchado llorar... ¿Me quieres todavía?

Carolina se ruborizó.

—¿Pero quién te odia tanto como para querer matarte? — preguntó, mientras el corazón le golpeteaba con fuerza.

—Octavio Ruiz... Y tú. Tu indiferencia me está matando.

La mano de Nicolás se deslizó lentamente de la cara de la muchacha hasta su escote. Con dulzura comenzó a acariciar aquellos pechos en los que tantas veces había reposado su cabeza.

Carolina se dejó inundar por aquel contacto tan deseado, y cerró los ojos, en un gesto de entrega total. Y sólo como para pensar en otra cosa, preguntó.

—¿Y quién es Octavio Ruiz?

—El marido de Claudia Soto, la modelo.

La joven pareció despertar de un sueño y, electrizada, retiró la mano de él y tomó distancia.

Nicolás la observó sin entender.

—El juez ha fallado que debe indemnizar a Claudia por daño psicológico y moral. Pero eso no justifica...

Desde una nebulosa le pareció recordar algo así como que el otro le había confesado haber matado a su mujer, pero...

El chillido de la ambulancia pública interrumpió sus pensamientos. Y luego todo se convirtió en una acompasada coreografía de enfermeros a su alrededor. Después vino el viaje a toda marcha, y la mano de él, aprisionando el corazón de ella con cada caricia.

—Ya está... Aquí lo pude sacar... ¡Mire que tamaño! Le va a quedar una linda cicatriz...

El viejo doctor mostraba el vidrio con orgullo, como si se tratara de un trofeo.

—Sí... Una cicatriz aquí, justo sobre la otra... ¿Siempre se lastima en la frente?

—La primera fue a fines del año pasado, cuando explotó mi departamento por una pérdida de gas.

—¡Mire! —instó a Carolina—. Mire, con esta y la otra, le va a quedar una cruz en medio de la frente. Por un tiempo tendrá que soportarla. Después, cuando tenga mis años, va a poder estirarse las arrugas, y hacerla desaparecer.

—No me interesa borrarla —se apuró a decir Nicolás—. Gracias a la primera herida conocí a la mujer que amo. Y por la segunda, la pude recuperar.

Carolina lo miró con cierto disgusto.

No. No era tan fácil.

—¿Pero ustedes qué hacen? ¿Juegan de noche con cuchillos? Ahora que la miro, la señorita tiene la misma cicatriz, casi en el mismo lugar.

Malos recuerdos.

Mejor cambiar de tema.

—¿Los demás estudios dieron bien? —se preocupó Carolina.

—Sí. La marca de la mejilla se va a ir deshinchando con el tiempo, y el golpe en la sien izquierda va a ponerle la cara de todos los colores, pero el resto está bien. Igual, lo mejor son doce horas de reposo, y cuarenta y ocho de observación, por el desmayo.

—¿Y toda la sangre que perdió?

—Es un hombre fuerte y sano. No va a tener problemas.

El doctor no pudo decir más. A la guardia acababa de llegar un “motoquero” atropellado por un camión. Un joven que usaba su motocicleta para ganarse la vida, sin darse cuenta que, en el apuro, también podía perderla.

Todos, incluso el anciano, corrieron tras la camilla, olvidando a Nicolás y Carolina, que volvieron a quedar solos.

—¿A quién quieres que llame para que te lleve a casa? — le preguntó ella, como si fueran extraños.

Nicolás no dudó: —A ti.

—Por favor... Esto que ha ocurrido no cambia en nada las cosas entre nosotros.

—Nada puede cambiarlas.

—¡Nicolás! —suplicó.

Fue inútil. Él comenzaba a acariciarla, (a subyugarla con sus manos).

—Está bien. Te llevaré a tu casa.

—A nuestra casa.

—Te llevaré a tu casa, y después voy a llamar a Victoria para contarle lo que ha ocurrido.

—Quiero que te quedes conmigo.

—Tú quieres muchas cosas, Nicolás. Lo quieres todo. Y a veces no se puede. Yo, en cambio...

—Tú lo quieres a Fernando Aguirre.

La muchacha se sorprendió.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Los vi besarse.

“*Sí, aquel beso..*”, evocó Carolina. Y recordó la placidez de aquel momento que iba a atesorar para siempre en su corazón.

—¿Y entonces?

—¿Qué?

—¿Lo amas?

Carolina hizo una breve pausa antes de responder.

—Fernando me ha hecho esta tarde muy feliz. Gracias a ti había perdido la fe en los hombres. Creía que eran todos iguales, y que iba a tener que elegir entre quedarme contigo, y ser muy infeliz, o conformarme con cualquiera que me ayudara a sentirme un poco menos sola. Fernando, en cambio, me ha dado otra opción. Una hermosa opción.

La de la esperanza. La de transitar el camino junto a alguien que te respeta, y en quien puedes confiar.

Nicolás agachó la cabeza, entristecido, y se mantuvo en silencio durante todo el viaje a casa.

Y no fue sino hasta que la puerta de entrada se cerró, que volvió a dirigirle la palabra.

—Fue muy conmovedor lo que dijiste de Fernando. Hablaste de ilusiones, de respeto, de confianza. Pero nunca mencionaste la palabra amor. ¿Lo amas?

—Estás todo manchado de sangre. Si quieres tomar un baño, te espero hasta que salgas, y luego me voy. Me gustaría dejarte en la cama.

—Me gustaría que te quedaras en la cama conmigo.

El cuerpo de ella reclamó de inmediato, y su sexo comenzó a humedecerse.

Pero tuvo la fuerza necesaria para ocultar sus verdaderos sentimientos.

—Si sigues así, me voy.

Sin discutir, él aceptó la ayuda de la muchacha para llegar al baño amplio y espacioso de la planta baja. Por unos minutos Carolina se quedó tras la puerta, montando guardia. Pero cuando escuchó el sonido de la lluvia, se sintió en libertad de recorrer la sala.

Fue un error.

Cada objeto evocaba un pedazo de la felicidad que habían construido allí paso a paso. Cada lugar le recordaba parte de su desdicha.

En pocos minutos el grifo se cerró.

“Tengo que irme de aquí cuanto antes”, se dijo, conciente del peligro.

No podía volver a caer bajo su influjo. Ahora estaba Fernando para protegerla. Y entre ellos había un pacto. Un pacto sellado con un beso. Un beso dulce. El de dos que saben que aman a algún otro que los lastima, y buscan refugio en su mutua compañía. Se había sentido tan plena aquella tarde... Por primera vez desde lo de Nicolás se había permitido confiar en un hombre. Un buen hombre. Y por eso habían hecho aquella promesa sellada con un beso: hasta que llegara el amor, cada uno iba a poder contar con el otro para no recaer en una relación dañina.

Y aquella con Nicolás era la peor de las relaciones. Aquella era...

Aquella era la figura de Nicolás, el hombre que le había enseñado el placer, envuelto en una toalla, como lo había visto esa mañana, cuando eran dos extraños.

Todavía lo eran...

¿Por qué era tan hermoso? ¿Por qué sus músculos firmes tenían que contornear su figura varonil? ¿Por qué su cabello mojado caía de esa manera sobre su rostro de ángel?

Lástima que no lo fuera.

Antes bien, era un verdadero demonio. Y otra vez quería tentarla con aquel sexo poderoso que la hacía estremecer.

—Se hace tarde. ¿Quieres que antes de irme te acompañe escalera arriba, para que puedas acostarte?

—Quiero que no te vayas.

—Adiós, Nicolás. No tengo fuerzas para sufrir más...

Y con paso resuelto se dirigió a la puerta principal. Pero un “clic” agudo, que parecía surgir de todas partes, la hizo retroceder.

—¿Qué fue eso?

—La alarma. He hecho poner una alarma perimetral. Cualquiera que se aproxime a una puerta o una ventana la hace disparar. Y bastará que suene para que llegue la policía y se arme un escándalo. ¿Cómo vas a hacer para explicarle a Fernando que estabas conmigo, y que yo estaba desnudo?

—¿Crees que con eso me vas a detener?

—No.

Y diciendo esto se aproximó a ella.

Apenas la tocó, (no necesitaba hacerlo), pero Carolina sintió de inmediato en todo su cuerpo el clamor de tan esperada proximidad. Y no era sólo por las ansias de esos

meses sin sexo, sino por las ansias de todos esos meses sin él.

—Dime que no me amas. Dime que quieres a Fernando Aguirre.

—No se trata de mi amor. Nunca me faltó —se animó a confesar, mientras tomaba distancia.

—¿Y entonces? ¿Por qué te fuiste?

—Déjame salir de aquí, por favor. No quiero tener que repetir lo que tú ya sabes.

—Si es por lo del bebé...

—Calla. Todavía no estoy lista para hablar de eso... Y, es cierto, tu actitud me dolió. Pero nunca encontré el valor para juzgarte... Y hace poco tuve la confirmación de que no hacerlo fue lo correcto. Fernando me contó.

—¿Qué?

—Qué sólo querías protegerme, y que también estabas sufriendo por lo ocurrido.

—Pero, si no fue por eso..., ¿por qué te fuiste?

—Piensa... Tú lo sabes... ¿Cómo se apaga la alarma? Me tengo que ir.

—Me cansé del silencio. Me cansé de las cosas dichas a medias entre nosotros. No voy a dejar que te apartes de mí sin que hables claro.

Nicolás, estremecido por tanta pasión como desesperanza, la apretó contra su pecho.

—Yo te quiero —le susurró al oído.

Carolina se soltó de inmediato, como si aquellas palabras hubieran sido un insulto.

Él la observó en silencio, tratando de entender.

Y entonces Carolina habló.

—¿Qué vas a hacer con las cosas de tu padre, Nicolás?

La pregunta lo sorprendió.

—No sé... Venderlas, quizás. Nada de esto tiene valor para mí.

—¿Alguna vez observaste con detenimiento estas cosas que te pertenecen? ¿Alguna vez les prestaste atención?

—¿Qué importan estas cosas?

Por toda respuesta, Carolina tomó una cajita de música de la mesa cercana a la biblioteca.

—Revisala, Nicolás. Quizás para ti es sólo un objeto de catálogo.

Obediente, aquel hombre enamorado, examinó esa preciosa joya que poseía, y tantas veces había visto sin ver.

—Es una caja de música como las otras. Hay más de veinte... ¿Qué tiene esta de especial?... Espera... Dice algo...

*“A mi dulce amor, en nuestro vigésimo segundo aniversario. Te amo”*

Confundido, y algo avergonzado, Nicolás la devolvió a su lugar, para de inmediato revisar la coqueta cajita de ébano que estaba a su lado. Otra inscripción: *“Al amor de mi vida, por nuestros primeros treinta y un años de felicidad”*.

—¿Mi padre ha escrito esto?

Levantó otra pieza, y luego otra más. Aquellas palabras tiernas no condecían con la imagen rígida del doctor Uriburu que guardaba en la memoria.

—¿Es ese el amor del que me hablas, Nicolás? ¿De un amor que dura más allá de los años? ¿De uno que puede distinguir la belleza en medio de arrugas o enfermedad? ¿Un amor que supere las apariencias?... ¿Es eso lo que me propones?

—¡Claro que sí! —se emocionó, tratando de retenerla.

—No mientas, Nicolás. Sabes que eso no es verdad. Y ahora déjame ir.

—¡¿Por qué?! ¿Qué es lo que he hecho? ¿Qué es lo que te han contado?

—¡No me han contado nada, Nicolás! —explotó, loca de furia y dolor—. ¡Yo te vi!... Todavía duele el recordarlo: tú, con tu traje azul y la corbata de seda que yo te compré, y ella, Claudia Soto, apenas cubierta por su vestido rojo,

saliendo de un hotel para parejas... ¡Te veías tan feliz y satisfecho!.. No pude..., no quise preguntar. Sé que, por lo del bebé, hacía ya un tiempo que tú y yo no... Sé que somos muy diferentes... Pero también sé que te amo demasiado como para compartirte con otra. No puedo, Nicolás... No pude entonces, y no voy a poder nunca.

—¿Por eso? ¡¿Te fuiste por eso?! ¡No, Carolina! No... Esa mañana me encontré con ella porque el marido la había pescado con...

—¡Basta, Nicolás! ¿Qué placer sádico sientes al engañarme?... ¿Cómo crees que llegué hasta la puerta de ese hotel, en el momento preciso? ¡Claudia me llamó!... Y tuve que oír de sus propios labios como le hacías el amor después de salir de mi cama.

—¡Eso no es justo!

—Yo no te busqué, Nicolás Expósito... Ni siquiera me atrevía a soñar contigo. Sé que no soy más que una maestra de piernas gruesas, y sobregirada. Pero también sé que te amo como ninguna otra va a hacerlo jamás, y aunque sea por eso, merezco algo de respeto, y...

Nicolás no la dejó terminar. En un gesto furioso la tomó entre sus brazos. Su toalla cayó, pero ni él ni ella lo notaron. Sólo la piel de los dos, reclamando.

—Carolina Castro... —comenzó a decir, entre lágrimas—, juro por todo aquello que alguna vez significó algo en mi vida, que tú eres la última mujer con la que he tenido sexo,

y la única a la que le he hecho el amor. Yo te amo, Carolina. Y por ti soy capaz de dejar todo lo demás. Puedo desafiar el mundo. He estado con muchas mujeres antes que contigo. He entrado y salido de muchos cuerpos perfectos. Pero el tuyo, Carolina, es mi casa. Mi única casa. Y si no me crees, y te vas, no voy a tener adonde regresar... Quédate a mi lado, por favor...

Y entonces, en un gesto loco, pero salido de su corazón, desnudo, y con los últimos rayos de la tarde de un día glorioso cayendo sobre su piel dorada, se hincó de rodillas frente a ella.

—Cásate conmigo, por favor

Carolina lo acarició con dulzura, y lo hizo levantar. Y como si hubiera atravesado un desierto, y la boca de él fuera un manantial, comenzó a besarlo. A liberar toda esa necesidad que habían estado guardando por tanto tiempo.

De inmediato se desató aquella loca pasión que los quemaba, y ya no había “tú”, ni “yo”, sino un “nosotros”. Y una piel única que ya no reclamaba más.

Y así, a los tumbos, y enlazados por el amor, rozaron accidentalmente el haz de luz que accionaba la alarma. En seguida comenzaron a sonar bocinas ensordecedoras, y luces brillantes surcaron los aires. Pero no se dieron cuenta. Ni siquiera cuando más de diez policías los rodearon, incrédulos .

Y es que, en ese preciso instante, y por el resto de sus vidas, no hubo nada más importante que...

Simplemente amarse.

...

FIN

## PROLOGO

Nicolás colgó el teléfono, decepcionado.

¡Se había casado!

Sí, Victoria acababa de llamarlo desde Cariló para comunicarle la noticia: finalmente, y luego de tantas idas y vueltas, se había casado con Cohen.

Sintió como un extraño desasosiego recorría su cuerpo cansado.

¿Por qué?

Quería a Victoria, pero era evidente que entre ellos nunca había existido esa pasión descontrolada que se profesaban los nuevos esposos. Ni siquiera una pequeña chispa.

Y entonces..., ¿cuál era el motivo para que le pesara tanto ese casamiento?

¿Acaso había dejado pasar a la mujer de su vida?

¿Podría existir el amor para él sin Victoria? ¿Alguna vez iba a toparse con su “mujer perfecta”?

Ahora, para colmo, había reaparecido Agustina. De seguro iba a arrepentirse por volver con ella, pero la enfermedad de su padre lo había puesto sensible y vulnerable.

Era difícil entender por qué lo afectaba tanto lo que le estaba ocurriendo al doctor Uriburu. Después de todo, eran casi desconocidos. Colegas de trabajo, pero nada más... Claro que llevaban la misma sangre, pero ser padre iba más allá del simple resultado de un análisis genético. Era amor, y él nunca lo había recibido.

No. No podía perdonar al doctor Uriburu.

—Nicolás... Sube, por favor... Tu padre quiere verte.

—¿Cómo lo encontró, doctor?

—Mejor que te apures en subir... Es el final.

Inexplicablemente, Nicolás sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. ¿Por qué? Después de todo, había odiado a ese hombre torpe y mezquino incluso antes de conocerlo.

—Nicolás... Ven aquí, por favor...

—No creo que le haga bien hablar.

—Ya nada puede empeorarme. Además, no veo las horas de reunirme con mi adorada Adela. La vida lejos de ella ha sido demasiado dura...

El viejo abogado cerró los ojos, y por un segundo su hijo creyó que había muerto.

—Nicolás... ¿Estás ahí?

—Sí.

—Quiero pedirte perdón. Me duele saber que por mi culpa has crecido solo. Que no he sido un buen padre, que no me he ocupado de ti... No me va a alcanzar toda la eternidad para arrepentirme por lo que te he hecho... Acércate hijo... Quiero bendecirte. Quiero que esta cruz que dibujo en tu frente te ayude a encontrar en brazos de una mujer todo el amor que tanto te mereces, y que yo no supe darte... Para que nunca más estés solo... Te quiero, hijo.

Un “*yo también te quiero*”, se le ahogó a Nicolás en la garganta. Pero no pudo hablar, y en silencio observó a su padre morir.

Y sólo cuando aquel hombre que le había dado la vida casi veintiocho años atrás dejó este mundo, fue capaz de poner punto final a esa parte tan dolorosa de su pasado.

Y recién entonces, su vida comenzó.

*Buenos Aires, 22/12/2006*

# Obras de Clara Voghan disponibles en Internet

Un Saludo Distinto

Renata

Ana

Soledad, Sexo y Pedagogía

*Para obtenerlas en forma gratuita  
visite y suscríbese a nuestro grupo de Yahoo*

<http://ar.groups.yahoo.com/group/claravoghan/>

*Una novela romántica diferente.*